

Primero hay que saber sufrir



por **Norberto Laterza**
nlaterza@revistapalermo.net

Desde la creación del turf siempre se sostuvo que el motor principal fue la pasión por el caballo y su estrecha relación con el hombre. La vida fue demostrando que no todos los equinos tenían las condiciones para competir y se fue creando un animal que sumara a sus condiciones naturales las virtudes de las distintas razas hasta conseguir, en un momento dado, al ejemplar que vemos ahora en los hipódromos. Esto es una síntesis si se quiere simple sobre la evolución del ser humano y su ambición de obtener aquel caballo que cumpliera con todos los requisitos que se necesitaban hasta pasar, en su última etapa, del mestizo al llamado pura sangre de carrera.

Pero claramente todo este proceso también trajo aparejada diferentes rutas entre las cuales una de las más sobresalientes fue la presión que estuvo presente en cada etapa. Desde la elección de los animales que podían aportar lo que se necesitara para obtener al caballo de carrera ideal hasta la consideración de la gente sobre lo que de deporte tenía este tipo de actividad hípica. Si tenemos en cuenta que hablamos de menos de dos siglos para conseguir lo deseado estaremos de acuerdo que uno de los rasgos más salientes ha sido la conducta humana regida por las obligaciones a que se ve sometida y eso se llama presión.

Comencemos con el criador, cuya presión está presente en la elección de las mejores yeguas y padrillos y luego la espera de cinco años para saber cómo salió lo proyectado. Allí estamos ante un cuadro tan problemático como determinante de una permanente dosis de adrenalina durante todo ese tiempo porque nada puede garantizar el resultado.

También se da esta situación en los profesionales, especialmente en los entrenadores, que

saben por experiencia que la falta de triunfos es condicionante para la fuga de propietarios y el descenso de su imagen. No por nada uno de los comentarios más escuchados entre ellos es “no tengo una buena caballada” o “me falta el caballo que me eleve el crédito ganando clásicos”. Es una presión permanente que dura durante toda su campaña porque una racha favorable le puede dar unos años de bonanza, pero pasan rápido a la historia y el trabajo dura mucho tiempo. En otras palabras, tienen que seguir remando para no perder clientela. Y eso significa presión.

Con lo jockeys pasa lo mismo, una falta de relación con cuidadores y propietarios puede dejarlos en una inercia hasta que logran afianzarse con la conducción de algún buen animal, una faena especialmente elogiada por la crítica o amigos que le den oportunidades. En otra instancia es difícil para ellos que les den buenas montas.

Claro está, que siempre hablamos de los que no integran ese grupo privilegiado que ya tocaron el cielo, tanto jinetes como trainers, y están como se dice “con la vaca atada” en base al reconocimiento de la gente.

Pero también hay que poner en este lote a los propietarios, que tienen dos frentes de presión, por un lado el comportamiento de un puro comprado con mucha ilusión y el precio pagado por él, que incluye la salud y otros elementos que pueden poner los pelos de punta, y por el otro las explicaciones a sus mujeres de por qué gastar tanta plata en un jamelgo que come, duerme y allí termina la función a la hora de correr, dándole la razón por no haber cambiado el coche o no llevarla de vacaciones a lugares más lindos.

En fin, de lo que no se habla mucho es sobre la similitud de dos palabras, pasión y presión. Una está estrechamente ligada a la otra y las dos forman parte de turf, por eso es que tiene tanto arraigo entre tanta gente porque como dice el tango, “primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamientos”.